

TRONO DE DIOSES

Luis Ferrufino



Image not found.

Capítulo 1

PROLOGO

El choque de espadas estremecía las agrestes montañas del Reino de Berbens; reyes, caballeros y guerreros se batían en una batalla campal. Uno tras otro iban cayendo al suelo, ríos, bosques, tierras enteras, cielos se tornaban de un rojo carmesí.

Ocho reinos se encontraban en guerra por la conquista del Trono y convertirse en el REY y GUARDIAN de los ocho artículos del milenio.

-¡DRAGONES! – grito un caballero.

-¡Preparen las ballestas! – dijo Robert capitán de la guardia de Aincrant

-Carguen, apunten, ¡fuego! –

Cada una apuntaba al dragón. Su nombre era Tairon, dragón negro, de ojos verde; sobrevolando los cielos de Berbens, atacando con su gran llama de fuego dorado. Proveniente del sur, del Reino de Arimea, comandado por su Reina Lady Andra Relish, se acercaba con un traje que solo cubría sus partes más íntimas, un listón rodeaba sus manos hasta casi caer al suelo, su pelo color negro, ojos verdes como el jade, su piel suave como la seda de un tono cálido, montada sobre su gran caballo negro, alto con su cabellera larga y gruesas pesuñas, un pura sangre; sobre su mano derecha traía consigo uno de los ocho artículos; una Sortija de color dorado en su mano derecha; en su mano izquierda la bandera de su reino con una figura tribal, una mariposa, simbolizando la belleza del mismo.

-Maldición, estamos perdiendo nuestras defensas- dijo Robert, sollozando una mirada de desprecio y enojo.

-Mi Capitán, ¿Qué hacemos?, del norte vienen más guerreros provenientes del Reino de SeaMount – agonizante del cansancio el caballero.

-Envía un halcón con un mensaje a su Majestad Lady Briseida– menciona Robert.

-¡Pero mi Capitán esta! -

-Que envíes el mensaje maldición – con voz fuerte, casi gritando.

-¡A la orden Mi Capitán! –

La guerra continuaba; del norte se aproximaba un segundo dragón proveniente de SeaMount; montado sobre Windgron, dragón gris, ojos amarillos y su gran llama plateada, surcaban los cielos color carmesí, venía el Rey Lord Pagus Haggard, con su armadura azul, pelo plateado, ojos color miel, con su capa bailando al compás del viento; hombreras con púas, sus manos cubiertas de un caparazón azul y sobre su mano, una espada color dorada, su empuñadura en forma de dragón, con sus alas alzando vuelo, sobre su centro un rubí color rojo; sobre el acero había

escrito un conjuró. Windgron comenzó a lanzar su llama sobre los guerreros de Aincrant, Berbens y Arimea. La lucha sangrienta por conquistar el Trono continuaba; aquel que se convirtiera en el REY y GUARDIAN, quien conquistará y tomará en su poder la llave de los artículos, obtendrá la más poderosa magia para dominar o destruir los reinos o el mundo entero. Su antiguo Rey Julian Brownbear fue asesinado, líder y señor supremo de los ocho reinos; comandante de dragones, maestro de los artículos del milenio y Rey legítimo de Greenmont.

Sobre el denso bosque oscuro de las tierras de Berbens, corría una joven, vestía una túnica negra, la cual cubría la mitad del rostro; entre sus brazos llevaba un pequeño bebe. – No te asustes pequeño – dijo ella. Tras de ella la perseguían tres guardias, montados sobre sus caballos, con armaduras y espadas. La pequeña joven corrió tanto como pudo, poco a poco se iba notando su cansancio y quedando sin aliento, su respiración era fuerte, apunto casi de ser capturada. Saltando troncos caídos, esquivando las ramas, una de las ramas rasgo du se vestido a un costado, cerca de las costillas, su fuerte respiración estremecía su cuerpo agotado. Al final del camino, se acercó al borde un rio, colocó al bebe en un bote que encontró cerca de ahí y en un idioma extranjero movió sus labios recitando unas palabras.

-¡Hola mi Lady! – dijo Lord Pagus con una mirada llena de maldad y una voz aturdidora - sabes bien que no me puedes hacer nada. recuerdas lo que nos dijo nuestro rey, ahora muerto.

-Claro que lo se idiota, no oses en recordarme lo que dijo ese viejo decrepito – aclaró Lady Andra.

-Veamos mi lady, porque peleas esta guerra, acaso tu mataste a nuestro rey o busca...– con voz de arrogancia habló Lord Pagus - frunciendo el ceño - O no me digas que es por ese hombre al que tanto amas – terminando con una gran carcajada abrumadora.

Lady Andra, lo miraba fijamente a los ojos sin decir ni una sola palabra, deseando desaparecerlo en ese instante.

-Crees que caeré en tus provocaciones ¡Pagus! – aclaró Lady Andra.

-No claro que no, pero sabes lo que digo iverdad! –

Continuaron hablando sobre el asesinato del Rey y el destino de Greenmont.

-¡Corran! – gritaron a lo lejos – se acercan más dragones.

A lo lejos del este de Berbens se apreciaban, los demás dragones, seis en total. Darknes dragón negro rojizo, conocido como el temible, Dramory dragón rojo, Icegron dragón azul, Dorgert dragón verde, Fallengron

dragón dorado y Lafnier dragón blanco conocido como la luz del mundo.

-¡Oh mira Andra! Llegaron refuerzos a esta inútil guerra – riendo a carcajadas Lord Pagus.

Llevando sus dedos a la boca, Lord Pagus llamo a su dragón de un silbido. – Recuerda esto Andra; Greenmont será todo mío, sus tierras y todos sus reinos, obtendré los ocho artículos y el mundo entero se arrodillarán ante mí – dio un salto hacia su dragón, Lord Pagus poco a poco se fue alejando en dirección a su reino. Lady Andra mordió sus labios en señal de desprecio por las palabras de Lord Pagus, porque sabía lo que significaba lo que había dicho. Era evidente que Lord Pagus no jugaba.

La guerra continuo, durando ocho días. Uno a uno se retiraban los guerreros, agonizantes de la lucha. Hasta que una luz en el cielo apareció y...

Capítulo 2

CAPITULO 1

Veinte años han pasado desde la gran guerra. Aincrant, se convirtió en un reino pacífico y lleno de paz y armonía. Sus habitantes gozaban de una vida tranquila, llena de música, comida y bebidas, bailando al compás de la música que tocaban los músicos. Se escuchaba la risa de los niños jugar en medio de la multitud. Sobre ellos se encontraba el gran castillo Skyhill, un castillo flotante, un anillo que lo rodeaba y cuatro grandes pilares que los sostenían, los cuales le daban la gravedad para mantenerse a flote, su forma era como la de una montaña, que al llegar hasta la punta se cerraba en forma de una daga de dragón. La única forma de llegar al gran castillo era subiendo unas escaleras en forma de espiral que conectaban al mundo de abajo, aproximadamente eran mil gradas que se dirigían hacia la puerta principal; en su entrada habían dos guardias, altos y robustos, que en sus manos sostenían una lanza y un escudo, cubiertos de pies a cabeza con una armadura negra, custodiando la gran puerta de madera color dorada, su altura era de más de dos metros de alto, unas manijas en forma de dragón, mordiendo un grillete. Su interior estaba constituido de varios niveles, cincuenta para ser exactos, cada uno albergaba una ciudad completa de gente noble y guerreros. En el último nivel se encontraba su majestad la Reina Briseida Gastrell, vestida de un vestido largo color verde jade, su centro adornado de bellos diamantes, una gran cabellera dorada que estaba recogido en forma de trenza que caía hasta su pecho. Sentada en su trono, comenzó a tamborilear sus dedos uno de los brazos del trono, llevando su mano derecha hasta su barbilla y mirando a cada uno de sus guardias que se habían presentado ante ella después de una revuelta a las afuera de Skyhill.

-Dime Robert, como es posible que hayan fallado en tan simple misión. – dijo Briseida.

Con una mirada de terror, todos los guardias se exaltaron al oír la voz de su reina mencionar aquellas palabras dirigidas hacia Robert, un hombre de tamaño normal, no tan alto, pero tampoco tan bajo, con su uniforme plateado y una capa dorada en su espalda, cabello negro, ojos claros color café, sosteniendo su espada a un lado; sabían que, si el Capitán se había equivocado y perdido ante una revuelta, ellos también saldrían involucrados.

-Su Majestad déjeme explicarle que sucedió. – con voz temerosa, pero manteniendo su firmeza respondió Robert.

-Claro que escuchar ¿qué paso?-...

-Eran más de cincuenta hombres, los que se encontraban en ese revuelta su majestad y.. – el miedo al dirigirse a su reina se notaba en sus ojos. Tragando saliva prosiguió. - .. y nosotros solo éramos 20 majestad.

-Me vas a decir, que ustedes Caballeros y soldados de Aincrant del castillo flotante Skyhill, no pudieron detener a simples campesinos – menciono la reina con una voz que estremeció la sala del reino. – sabes que Robert – fulminándolo con su mirada le dijo – Te asignare una misión y espero la cumplas al pie de la letra.

Robert asintiendo con la cabeza, puso su oído en alto para escuchar las palabras de su reina y de la misión que le seria encomendada.

-Ve hacia las mazmorras del castillo y busca al mejor guerrero que encuentres. - aclaro la reina con una voz suave. – busca a alguien que sea capaz de arremeter contra quien se le ponga enfrente, que no oponga resistencia, que sea sigiloso, que su respirar no se escuche y sus pasos sean como los de un gato, suaves y precisos. - continuó diciendo la reina, tomando con sus manos su larga trenza y acariciándola,

La reina Briseida había ordenado la búsqueda de un guerrero capaz de servirle como ella lo deseara. Un guerrero que fuese capaz de infiltrarse hasta en las más oscura y sucia cloaca, escabullirse de los guardias y ser sigiloso al momento de asesinar a sus adversarios. Robert no opuso opresión alguna sobre lo que le pidió su reina. Acudiendo de inmediato a las mazmorras del castillo, bajando unas escaleras en caracol, lleva en su mano una antorcha ante aquella oscuridad que acoja el camino hacia lo más profundo del Skyhill. La tensión de Robert fue creciendo a cada paso que daba al bajar las escaleras. Nunca había entrado a las mazmorras antes, esa era su primera vez ahí dentro, detrás lo acompañaba uno de sus lacayos, un joven, pequeño para ser precisos. Vestía un traje rojo, de pelo negro, ojos negros, sus manos estaban callosas debido a las muchas veces que estuvo trabajando en las mazmorras del castillo, fue liberado al poco tiempo de haber sido capturado por el mismo Robert, culpado de haber robado una joya a una hija de unos hombres más ricos de Aincrant. Llegaron al final de las escaleras, frente a ellos se encontraba un pasillo con varias cámaras cerradas con barrotes de fierro. Ahí era donde se encontraban los asesinos más peligrosos del reino. Se escuchaba la respiración y lamentaciones de algunos de los prisioneros. Dieron grandes zancadas para avanzar más rápido. Uno de los prisioneros salto la puerta gritando auxilio y pidiendo que lo sacaran. – ¡Sáquenme de aquí! -. dijo otro prisionero. Robert se quedó viéndolo a los ojos, como si hubiese visto algún fantasma ante él, su respiración creció más y más a cada paso que daba y observaba todo aquello que estaba ante sus ojos.

-Sígueme por aquí mi capitán -. Con voz gruñona dijo el lacayo. – no tenga miedo mi señor, todos estos prisioneros se encuentran encadenados de pies y manos, para asegurar que no se escapen.

-Hasta donde iremos -. Pregunto Robert.

-No se preocupe mi señor que ya pronto llegaremos hasta donde se encuentra la mayor asesina y la más peligrosa que jamás ha existido en los ocho reinos.

-¡La más peligrosas dices! -. Suspiro Robert.

-Si mi señor -. Aclaro el lacayo. – O, pero no se preocupe mi señor, ya que ella se encuentra encada y la hemos colocado en una celda especial.

Con un suspiro Robert continuó caminando junto a su lacayo, avanzando unos cincuenta metros más adentro de la mazmorra. Llegaron al final y se encontraron frente a una puerta de madera, con una pequeña puerta a mitad de la misma. El lacayo hizo sonar la puerta con su mano, haciendo un sonido de tambor. Del otro lado una voz gruesa le contesto.

- ¿Quién os desea entrar? -. Sin abrir la puerta aun, aquel hombre al otro, volvió hacer la misma pregunta - ¿Quién os desea entrar? -. Y con voz suave al escuchar aquella voz que provoca que los pelos de Robert se erizaran, el lacayo contesto – Su majestad la reina Briseida desea que su capitán entre y escoja a un guerrero. Se escuchó el chasquido de las llaves al girar para abrir la puerta, las grandes bisagras hacían un sonido ensordecedor al momento de expandirse y abrir la gran puerta. Ante ellos salió un hombre encapuchado, solo se le veían los ojos negros. Poco a poco fue abriendo la puerta, dando paso a la vista a una joven sentada en una silla encadenada con grandes grilletes a los pies y unas gruesas cadenas que rodeaban su cuerpo, amordaza su boca y vendados sus ojos.

-¿Quién es ella? -. Pregunto Robert inclinando su cabeza, viendo a la joven sentada.

-¡Ella! Mi señor... Ella es la asesina -. riendo con su voz gruñona -. Ella es la más peligroso de los ocho reinos, asesina de reyes y reinas-

Robert no paraba de ver aquella joven encada, sorprendido con lo que sus ojos tenían ante él. No podía creer que esa joven fuera una asesina, que fuera asesina de reyes y reinas. Su piel era cálida y suave, de grandes atributos se podría decir, sus pechos de proporción idónea, piernas ligeras, no tan gruesas, sus manos se veían sucias y sus uñas.... Sus uñas estaban negras por el encadenamiento que ahí aposentaba, su cabello largo castaño-plateado, sus ojos, Robert no podía distinguir sus ojos por las vendas que los tapaban.

-¿Quién es ella? – pregunto Robert.

-Ella mi capitán – tirando una gran carcajada – Ella es ¡Lilian Howland!, la más grande asesina que el mundo jamás haya conocido

Robert abrió los ojos como platos gigantes, al escuchar tal nombre en sus oídos. Ella era Lilian Howland la asesina más temida de los ocho reinos, no lo podía creer, tenía ante sus ojos a la mujer más peligrosa que jamás haya existido. Por los dioses del reino y en nombre del rey Julian.

Capítulo 3

CAPITULO 2

Robert, no podía creer que ante él se encontraba una mujer, cuya historial criminal, era el más peligroso. Pero al mismo tiempo vino a su mente una pregunta, ¿Por qué consideraban a aquella mujer peligrosa? Y ¿Por qué tenía vendado sus ojos?, si ¿Por qué tenía vendados? Acaso su mirada es tan peligrosa como la forma en que dicen que asesina, o será que...

¿Por qué sus ojos se encuentran vendados? – pregunto Robert al lacayo. Mi señor, sus ojos son un misterio y no podemos darnos el lujo de que ellas no vea-.

Esa no es una respuesta-. Dijo Robert

Acaso mi Capitán le hemos mentido o le hemos negado la entrada a estos aposentos tan desagradables-. Exaspero el lacayo con su voz.

El pequeño lacayo no quiso responder acertadamente a la pregunta que le hizo Robert en ese instante, o quizás se limitó a decir ciertas palabras. Pero, en fin, ¿Que esconderán sus ojos?, ¿Cuál es el misterio detrás de la asesina? Y ¿Por qué la tenían tan encadenada de pies y manos y sus trapos tan sucios?, sus trapos estaban desgarrados y llenos de lodo, como si en días no se haya bañado. Descalza, sobre sus pies había unos grilletes que a lo largo se extendía una cadena que estaba sujeta a una gran bola metálica.

¡Pero puede hablar cierto! -. Musito Robert.

Esperando a que la asesina dijera algo, Robert se quedó viéndola fijamente. Ante todo, estaba exaltado por su gran belleza que encerraba a través de esa suciedad, su largo cabello, daba indicios de que, en sus días de libertad, usaba su cabellera para conquistar a cuál hombre se le interpusiera en su camino.

¡Claro! Mi señor, pero no se deje engañar por su dulce voz-.

¿Estás seguro que ella será la mejor arma que la reina desea?, tu más que nadie conoce sus exigencias-.

Ella Mi Capitán, será la mejor arma de su Majestad, eso téngalo por seguro-. Asegurando el lacayo con su voz gruñona.

Los guardias se acercaron a la chica para soltarla y escoltarla ante su Majestad Briseida. Todos los presos encarcelados empezaron a gritar y maldecir, por qué se llevaban a la mujer y no a uno de ellos, que de igual forma eran asesinos y ladrones capaces de servir a la reina. Robert solamente volvía a ver a cada uno de ellos, viendo en sus rostros desprecio, oído y las ganas de asesinar a quien se cruzara en su camino. El Capitán no presto atención a las burlas o cosas que decían los demás

presos en las mazmorras.

Dime Capitán ¿Quién es ella? -. pregunto lo reina

Ella será su campeona majestad-. Dijo Robert con voz firme.

Ella dices...-. La reina levanto su cetro dorado, forjada con oro puro, en su mango final había una figura en forma de águilas viéndose una contra la otra-. Tú, desde este momento, me sirves a mí, te dirigirás a mí, como tu Reina o Majestad. Tú, ahora me perteneces-.

La asesina levanto su mirada hacia la reina, atreves de la venda, su cetro alzado en lo alto de su mano comenzó a brillar. Su mirada era fría como el hielo, las piernas le comenzaron a temblar, sentía que en cualquier momento se desvanecería y caería al suelo. Atada aun de manos y pies, no podía moverse, queriendo salir en ese instante de ahí. Por su cabeza solo pasaban recuerdos de los días en que vagaba por el mundo con total libertad, hasta el día en que fue encarcelada. Cayo de rodillas al suelo, ya no podía mantenerse en pie, el cansancio y el agotamiento se apodero de ella. Poco a poco fue perdiendo el conocimiento, su mirada se tornó borrosa, y a lo lejos escuchaba voces. Voces que le decían - ¡Levántate! -. - ¡Levántate! -. Esa misma palabra retumba en sus oídos tantas veces como fueron posibles,

De ahora en Adelante te llamaras ¡Stelia Gastrell! - la reina bautizo a la asesina con su apellido, tomándola como hija. Otorgándole una nueva vida, una razón para vivir.

Recobrando el conocimiento, la asesina se fue levantando poco a poco del suelo.

¡No lo puedo creer! - musito en voz – ahora le pertenezco a una mujer que no conozco-. O al menos eso creía ella.

Robert le ayudo a incorporarse, tomándola del brazo. Sus piernas aun no respondían correctamente, tambaleándose logro ponerse en pie. – Quítenle las vendas de los ojos- menciono la reina a sus sirvientes. Robert se apartó de ella, pensando en lo que su lacayo le había advertido sobre los ojos de la asesina. Un guardia se acercó a quitar las vendas de la asesina. Poco a poco, se fueron descubriendo los ojos de Lilian, hasta quedar al descubierto. Eran ojos color jade, ojos que jamás se habían visto. Un verde tan intenso, que hasta los mismos guardias y que el mismo Robert, quedaron sorprendidos, ante tal belleza.

La asesina por primera vez en años logro ver la luz del sol, la luz del horizonte que se proyectaba desde el vitral del castillo. Tapo sus ojos ante la intensidad del sol que irradio directamente a su cara. Girando su cabeza, y observando el interior de la sala en la que se encontraba, un piso de mármol, tan brillante que podía ver su reflejo en él. Vitrales, en el cual se observaba una historia de una princesa y su amiga en batallas

junto a dragones.

¿Qué te parece tu nueva vida Stelia? - pregunto la reina con voz suave y dulce.